

jantes dilataciones abusivas lo han reducido á una inmutabilidad, en la cual se encierran al fin y al cabo verdaderos peligros de muerte; que todo cuanto no se trasforma, desaparece en el mundo. Esto debe enseñar á todas las naciones que la existencia de gobiernos incompatibles con la cultura y la libertad europea entrañan siempre gérmenes de guerra general, pues todas las últimamente empeñadas han partido de tres absolutismos : del absolutismo austriaco en Alemania é Italia, del absolutismo bonapartista en Francia, y del absolutismo turco y ruso en el Oriente.

Dicho esto, paréceme natural examinar el estado del problema oriental en los diversos pueblos europeos. Mandando el partido conservador en la Gran Bretaña, no habia para qué dudarle, el dogma de la integridad de Turquía estaba destinado á renacer con toda su fuerza y á imponerse en toda su integridad. Digan lo que quieran el Jefe del Gabinete y el Ministro de Negocios Extranjeros, la tradicion inglesa supera á todo y toma una fuerza avasalladora é incontrastable. Rusia, ocupando militarmente á Bulgaria, quiere decir Rusia oprimiendo con todo el peso de su fuerza la península de los Balkanes, y dominando desde aquel centro las playas donde se asienta la codiciada Constantinopla. Y Constantinopla, sometida directa ó indirectamente á Ru-

sia, quiere decir disminucion del influjo británico en el Mediterráneo, y obstáculos á su navegacion intercontinental, tan necesaria al florecimiento de su comercio. El Gobierno ruso ha dicho, por boca del Czar, en una conferencia, al Embajador inglés de Petersburgo, que la ocupacion de Constantinopla por los rusos sólo se dice en las leyendas y sólo se cree por los ignorantes de la política y de la historia. Pero el pueblo inglés, que no se pica de conocer leyendas, y que tiene un gran sentido práctico, á guisa de mercader y comerciante, recuerda cómo en las empresas de Asia Rusia declaró que no queria conquistar á Kiva, y al cabo la conquistó, á pesar de haber dicho ántes de esa conquista, poco más ó menos, lo mismo que ahora dice de la conquista de Constantinopla. Así es que á las afirmaciones del Czar se han opuesto recuerdos que llegan al fondo de la conciencia del pueblo y agitan hasta la médula de sus huesos. Durante el verano, la opinion se encontraba en sentido muy diverso de ahora. Los horrores cometidos por los turcos en Bulgaria habian animado al pueblo inglés tanto como en otro tiempo le conmovieron los horrores cometidos por los rusos en la martirizada Hungría. Gladstone aprovechaba esta emocion general para proponer en Oriente una política humanitaria y opuesta á la política puramente británica del par-

tido conservador. Lord Russell mismo, á pesar de creerse mucho más inglés que Gladstone, volvía á sonar la campana de rebato á favor de los cristianos oprimidos, exponiéndose á que le llamase viejo imbécil y chocho el órgano en Constantinopla de la antigua Turquía. El pueblo inglés acostumbra á seguir la opinion de sus grandes oradores y á escuchar la tribuna de su Parlamento, como el pueblo griego escuchaba el oráculo de Delfos; una y otra, verdaderas instituciones nacionales. Pero cuando ha visto surgir tras estas expansiones de sus sentimientos humanitarios el poder autocrático, el panslavismo de la Universidad de Moscou, el rostro burlon de Katkof, cuya pluma se halla consagrada á despertar los recuerdos de Ivan el Terrible, y á maldecir esa loba marina que se llama la Gran Bretaña, su compasion por las víctimas y su horror á los verdugos ha disminuido, en el temor de una complicidad inocentísima con la eterna enemiga de su preponderancia en el mundo y de su destino en la historia.

En Rusia la opinion difiere por completo de Inglaterra. Aquí se quiere la integridad del Imperio turco, y allí su destruccion; aquí las reformas aseguradas por la buena fe de la Puerta, y allí las reformas aseguradas por la intervencion de la Europa. En el inmenso Imperio moscovita,

si hay una idea viva, si hay una leyenda universal, si hay una política extendida, es la idea, es la leyenda, es la política de favorecer en todas partes á la raza eslava, confiada en la fuerza y en el valor de su pueblo más grande, del pueblo ruso; y aunque unos se muevan por móviles revolucionarios, por el afan de extender y propagar ese municipio eslavo, que es tipo del comunismo, y otros se muevan por móviles históricos, por la conquista de Santa Sofía y el rescate de la tumba de Cristo, cual en tiempo de las Cruzadas, todos tienen el mismo ódio al Imperio turco, y la misma conviccion de que recogerán y guardarán sus despojos. El Emperador, como queriendo sustraerse al poder de esta opinion avasalladora, ha huido de las gentes y se ha retirado á Livadia, de la misma suerte que huye de las gentes y se retira á Varzin el príncipe de Bismarck cuando idea y prepara alguna de sus guerras generales en Europa. Allí ha hablado con el Embajador de Inglaterra y le ha dicho que rusos é ingleses deberán entenderse en el mismo pensamiento y dividirse el trabajo de regir á Europa, lo cual sería tan difícil como en lo antiguo la inteligencia entre griegos y persas ó la inteligencia entre romanos y cartagineses. Y despues de dichas estas palabras y dadas estas promesas de inteligencia y de cordialidad, ha ido á Moscou, á la Roma

de los eslavos, á la Jerusalem del rito moscovita, á la ciudad cuya ortodoxia revelan al viajero cien doradas cúpulas, concluidas por la cruz helénica de los tres brazos; y en aquel centro, donde se elaboran todos los ensueños épicos sobre conquista del Asia y toma de Constantinopla, ha hablado, sin miramiento ni reticencias, de la necesidad en que se vería, para salvar el honor de su pueblo y defender á los cristianos opresos, de sacar su espada y blandirla en una guerra indispensable y santa. Ha hecho más, ha demostrado, despues de alabar extraordinariamente á los montenegrinos y herir y vejar á los pobres sérvios, harto probados por sus desgracias y por sus derrotas, que el núcleo de ese ejército, así como su direccion, estaba en manos de rusos, si bien voluntarios, los cuales nunca se hubieran movido, nunca viajado, nunca escapádose de su tierra imperial, sin el permiso y el asentimiento expreso de la omnipotente autocracia. Aunque la guerra de Oriente se plantea cada diez años en la historia moderna, unas veces por la insurreccion de Grecia, otras por los levantamientos del Epiro y la Thesalia; ya merced á los rumanos, ya merced á los sérvios; ora porque el candiota pide libertad política, ora porque el habitante de la Bosnia y de la Herzegovina pide autonomía administrativa, lo cierto es que el conflicto último ha sido

engendrado por el Austria y sostenido y agravado por la Rusia. Hay siempre en Oriente la llama viva de una insurreccion irremediable, como donde quiera que se violan los principios fundamentales de justicia; pero hay tambien una mano que la atiza y un soplo que la alimenta. El general Ignatieff, valiéndose de una franqueza que confina con la brutalidad, ha conspirado en Bizancio y ha hecho cosas parecidas á la de aquel predecesor suyo del tiempo de Nicolas, que se presentó con el polvo de la estepa en el uniforme, el látigo en la mano y las botas de montar ante la augusta persona del Sultan. La Sérvia de Aubich, la épica Sérvia de las derrotas cruentas y de las victorias increíbles, que si no ha combatido, ha conspirado, constituyéndose independiente por una mezcla singular de astucia y heroismo, ahora ha caido en los campos de batalla siempre rota, siempre desdichada. Ha sido necesario que el Emperador de Rusia levantase su voz con fuerza, y se hiciese oír con pujanza, para lograr un armisticio que detuviera á los turcos victoriosos en el camino de Belgrado y salvase un reino deshecho, el cual jamas se lanzára á la guerra sin la seguridad del socorro y del auxilio. Hé aquí, pues, por qué se pactó el armisticio. Turquía, deseosa de prepararse, lo pidió por seis meses; Rusia, deseosa de optar pronto entre la paz ó la

guerra, lo ha reducido á muchos menores plazos, y la Conferencia se halla reunida en el momento en que escribo, despues de haber visitado las córtes de Europa el enviado de Inglaterra, Salisbury, recogiendo grandes muestras de simpatía, si bien escaso, escasisímo éxito político.

¿Y qué hace Alemania? Indudablemente, Rusia no plantea problema tan complicado sin el consentimiento de Alemania. Hoy no puede moverse una hoja en el árbol de la política europea sin el expreso consentimiento del Dios de las batallas, que tiene su residencia y su santuario en Berlin. La hora de agradecer y de pagar aquella neutralidad entre Austria y Prusia y entre Prusia y Francia, que diera por resultado Sadowah y Sedan, el predominio prusiano en Alemania y el predominio prusiano en Europa; esa hora tan presentida de todos ha sonado en el reloj de los tiempos. Los dos cancilleres se hallan indudablemente entendidos para mayor gloria de sus respectivos imperios. Uno y otro sostienen guerra á muerte contra dos poderes caducos: el despotismo austriaco en Alemania y el despotismo turco en Oriente. Uno y otro hablan de libertad civil y religiosa, de autonomía administrativa, de unidad de razas, para cohonestar con principios revolucionarios sus sendas maniobras políticas. Inglaterra, en su angustia, se ha dirigido

por el órgano de la ciudad, que todos los dias se lee en el retiro de Varzin, y le ha dicho cómo en sus manos se encuentra, cual en los pliegues del manto que llevaba el senador Régulo, ¡ay! la tranquilidad ó la guerra en el mundo. ¿De qué sirven ya las alianzas dinásticas? La Princesa de Gáles nació en Dinamarca, y se llama, en el tierno lenguaje monárquico de Inglaterra, la rosa dinamarquesa; pero no ha podido llevar ni un buque inglés en defensa de la integridad de su nacion. La hija mayor de la reina Victoria es la heredera del Imperio germánico, la destinada á llevar en sus sienes la corona de Federico Barbaroja, y no puede mover un soldado aleman en defensa de su tierra nativa. El Duque de Edimburgo se ha casado con una archiduquesa moscovita, con una hija del emperador Alejandro; pero ese anillo de boda no ha juntado, no ha eslabonado los intereses de ambos pueblos. La política está hoy en manos de los primeros ministros de sus respectivos parlamentos, como no puede ménos de suceder, dado que vamos desde el régimen de los privilegios, desde el gobierno de los ménos, al régimen de los derechos, al gobierno de todos. Y por consecuencia, interrogamos al Canciller de Alemania sobre los secretos del Imperio aleman, quizá ignorados por el mismo Emperador. El Canciller no se muerde la

lengua. Su política no tiene relacion alguna con esa política de misterios que ha privado durante mucho tiempo en los consejos de Europa. Reune, pues, en espléndido banquete parlamentario á sus amigos, y habla con ellos de las contingencias y de las probabilidades de lo porvenir. Y en efecto, comienza por decir que Alemania es un elemento de paz y de seguridad en el mundo, lo cual era de rúbrica. Y luégo añade que este elemento de paz y de seguridad en el mundo no puede evitar una próxima guerra. Quizá debiera dirigir algun consejo, hacer alguna advertencia, llamar altas consideraciones sobrado embargadas por la algazara que promueve una raza en delirio hácia los peligros de la guerra; pero se calla por no herir la susceptibilidad de un pueblo tan susceptible como Rusia. Lo único que podrá hacer, cuando la guerra haya estallado, cuando ambos contendientes se hayan herido y desangrado, cuando hayan visto que á cada paso surgen dificultades y dilaciones, lo único será interponerse amistosamente para llegar á un arreglo definitivo y honroso para los dos. Rusia no vencerá á Turquía tan fácilmente como cree el vulgo, ni Inglaterra terciará en la contienda con necesidad tan inevitable como á primera vista pudiera suponerse. La guerra entre Rusia y Turquía ha de tener por necesidad una grande lentitud, y el

auxilio de Inglaterra á esta última potencia no pasará de auxilio á la verdad indirecto. Por consecuencia, lo único que desde este momento mismo puede anunciar *urbi et orbi*, lo que verdaderamente tranquilizará á todos, allende el Rhin, es saber cuán profunda amistad reina entre el Imperio austro-húngaro y el Imperio prusiano-aleman, decididos á sostener las mismas soluciones en Europa. Hasta aquí el Canciller. Una sencilla reflexion bastará á desvanecer ese optimismo oficial, que no puede realmente contrastar el pesimismo incontrastable de la tristísima realidad presente. Tambien se decia que entre Rusia, Austria y Prusia reinaba una completa inteligencia. Y ahora resulta que, si Prusia hubiera podido, evitára la guerra que hoy nos amenaza. Tambien se decia que la alianza de los tres emperadores equivalia á la paz del mundo, y ahora resulta la guerra.

Por fin, estalla en Europa, y todos los intereses se quebrantan, y todos los ánimos se apenan, y generaciones llenas de vida se preparan á caer segadas en brazos de la muerte, y la espada brilla más que la idea, y la fuerza bruta impera sobre la razon y sobre el derecho. Nuestra conciencia se ha esclarecido mucho, los proyectos de paz perpétua han madurado en los entendimientos, las nociones del derecho humano y de

la soberanía popular han crecido; y sin embargo, esclavos de la fatalidad, todavía, cada diez años, una guerra estalla; y una guerra entre las muchedumbres inmensas de los ejércitos modernos y con nuestros medios de matanza y de exterminio. Libreme Dios de creer que la idea pura no modifica la impura realidad, sujeta á continua metamorfosis. Pero convengamos en que las transformaciones progresivas se verifican lentamente, mucho más medidas por la impaciencia que nos inspira la idea del bien y los febriles deseos de su inmediata realización sobre la tierra.

Desde el punto y hora en que el protocolo aplicó al problema oriental procedimientos análogos á los procedimientos de la malograda conferencia, debían esperarse análogos resultados. Se imponía al Imperio turco la intervención extranjera, y el Imperio turco la rechazaba con furia. Caso grave y que prueba cómo en los asuntos más trascendentales suele deslizarse la confusión, propia solamente á producir irreparables desgracias. A esta hora no sabemos si Turquía es un Imperio autónomo, como el Imperio británico, por ejemplo, ó una potencia extraña, que, caída por su vejez en la infancia, necesita irremisiblemente de pródiga tutela. Es verdad que Europa entera ha salido fiadora de su independencia; pero también es verdad que estas

fianzas no se dan sino á cambio de cierto patronato, que obliga á inspecciones cuya totalidad constituye una verdadera intervención. Así es que Europa tenía derecho á exigir de Turquía una política interior que la preservase de los conflictos exteriores, y ha debido usar con más empeño y más actividad de ese derecho, siquiera con el fin de evitarnos este amargo trance de la guerra.

Un inmenso imperio, verdadera confederación de razas unidas por el sable, y semejante á las antiguas tribus armadas que sobre Europa cayeron en los siglos IV y V de nuestra era, viene, desde sus desoladas estepas, á estas luminosas regiones del Mediterráneo, eternamente acariciadas como un paraíso lleno de vida y de poesía por los nacidos y criados bajo las escarchas y las nieblas del Norte. Un conflicto entre razas de antiguo enemigas mueve esa inmensa ciudad militar, que aparece nómada y errante del Norte al Mediodía, moviéndose como en otro tiempo se movieron los godos y los normandos. Al verlos en tanta muchedumbre, cambiando de sitio como si no tuvieran patria, con sus carros de guerra innumerables, fuertes á la manera de los hijos de la Naturaleza, altos y fornidos, de pelo rubio y ojos apagados, diríase uno de aquellos pueblos descritos en las crónicas que comienzan la histo-

ria moderna, y sometidos por la cólera del cielo en castigo á nuestras culpas. Dícense defensores de una parte de su raza opresora, como los otros se decían á su vez vengadores de aquellos cautivos que habían acompañado al vencedor romano en la Vía Sacra, y de aquellos atletas cazados en las selvas para ser ofrecidos como holocausto á un pueblo ebrio de orgullo en los circos y en las naumaquias. Quizá se vea en esto un exceso de aproximaciones históricas; pero lo cierto es que la guerra presente no es un conflicto entre Turquía y Rusia, sino un conflicto entre las razas orientales y las razas occidentales; un conflicto entre el Oriente y el Occidente, como el de Grecia y Persia en los campos de Plutea y en las aguas de Salamina; como el de Roma y Cartago en las costas de Sicilia, en las tierras de España, en los desiertos de África; como el de los pueblos cristianos de Occidente y los pueblos musulmicos de Oriente en tiempo de las Cruzadas. Quiera ó no la diplomacia europea, en esta catástrofe de tanta magnitud late una idea de toda esa incontrastable fuerza.

CRIMENES DEL DESPOTISMO.

Esa emperatriz Catalina, que mata á su marido por mano de sus generales, y tiene, hasta la edad de cuarenta y dos años, cautivo á su hijo primogénito, puede figurar dignamente en la historia de aquellos atridas crueles é implacables, los cuales se perseguían y acosaban entre sí con exterminadora rabia. Para saber cómo procedía, no hay sino recordar cómo trató á una de sus rivales; trato inmortalizado en la memoria humana, como la tragedia de Francesca de Rimini y del Conde Hugolino, por la tradición y por el arte. Era una jóven y hermosísima princesa de sangre imperial, á quien todo el mundo creía vástago de la familia de Pedro el Grande, y designaba, naturalmente, en las eventualidades de lo porvenir, con méritos y derechos para subir al trono de su raza. Próvida mano la había apartado de Petersburgo y conducido, para preser-